

el domingo de bouvines

jacques le goff *

Traducción de
MARIA LUISA JARAMILLO

De toda la obra de Georges Duby tengo una predilección particular por **El domingo de Bouvines**. En este libro que apareció en una colección en general muy tradicional, Georges Duby, que como se sabe, escribe muy bien, no solamente logró un libro muy bien escrito, sino que hizo una demostración ejemplar de los horizontes abiertos por los nuevos métodos de la historia.

Esta demostración es triple. La que más impacto tuvo no me parece la más importante: es la historia de la memoria de Bouvines, la historia de Bouvines después de Bouvines, el nacimiento de un mito, lo que Georges Duby llama lo legendario. Ciertamente los historiadores descubren cada vez más que la historia se revela en la larga duración, que la huella de un acontecimiento hace parte del acontecimiento y que el verdadero objeto de la historia es el acontecimiento en toda su vida histórica que no es supervivencia sino función que se perpetúa o que resurge, bajo formas análogas a las de los avatares hindúes, modificada, manipulada en función de los contextos históricos sucesivos y del trabajo de la memoria. Georges Duby estudia en primer lugar el nacimiento del mito en la época que ha seguido al acontecimiento. Para esto, hace una cartografía del espacio en el que una batalla ha resonado según la mención de los cronistas. Espacio y tiempo, los marcos de la historia, del pensamiento histórico, en una palabra, del pensamiento. La densidad de las reacciones está, como podía suponerse (pero que ahí se prueba) en las regiones cercanas al acontecimiento y en aquellas a las que pertenecen los protagonistas: Francia del Norte, la de Felipe Augusto y la de los señores más eminentes, particularmente Flandes donde el conde Ferraud fue el héroe doblemente desdichado de la jornada, vasallo traidor que se convierte en prisionero, el Imperio cuyo titular controvertido,

* Director de estudios de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, codirector de la revista *Annales*.

Otton IV, tuvo que huir a Inglaterra, la cual, aunque ausente en el campo de batalla, hizo parte de la coalición contra Felipe Augusto y la apoyó con su dinero. Si es normal que Italia se interese poco por el acontecimiento que afectó sobre todo a Europa del Norte, es más sorprendente que Francia meridional, la Francia de Oc permanezca profundamente indiferente. Está en ese momento completamente absorbida por la cruzada contra los Cátaros. Frente al rey que reside en el norte, ella no es (todavía) hostil, no se interesa por sus hechos y sus gestas.

En lo que se refiere al mito, éste se funda sobre tres idealizaciones que corresponden a la mentalidad de la época y que están fuertemente influenciados por el relato de la batalla que forma los tres últimos libros de la *Philippide*, obra de un adulador de Felipe Augusto, Guillermo el Breton. Bouvines se inscribe en una cruzada permanente, la del bien contra el mal, Dios le dio la victoria a Felipe el Justo contra Otton el excomulgado. La batalla, que por otra parte fue un juicio de Dios, se desarrolló según la liturgia del duelo judicial, de la ordalía. Finalmente, Bouvines es menos la victoria del rey que la de Francia. Felipe Augusto que, desde hace algunos años, ya no se llama oficialmente "rey de los Francos" sino "rey de Francia", que, en la *Philippide* lleva el vestido de Eneas porque los Francos son —se dice desde los Merovingios— los descendientes de los Troyanos, Felipe-Augusto combatió no para él sino para todos los "hijos de Francia". Bouvines es una victoria nacional y por el camino de regreso triunfal de Bouvines hacia París, Felipe Augusto fue aclamado por los tres órdenes de la sociedad francesa: clérigos, nobles, campesinos (**Los tres órdenes**, otro gran libro de Georges Duby).

Para la memoria, Georges Duby muestra a Bouvines y a su vencedor relegados bajo la sombra de San Luis del siglo XIV al siglo XIX, resucitados bajo la Monarquía de Julio por los historiadores que hacen de Felipe Augusto un rey animado por la "benevolencia inteligente y activa para

el mejoramiento del estado social" (Gizot) o más francamente un monarca aliado con el Tercer Estado (Augustin Thierry). En 1845, se erige en Bouvines una estatua conmemorativa de la batalla. Bouvines entra en la ideología iconográfica del siglo XIX tan bien revelada por Maurice Agulhon. Entre 1871 y 1914, Bouvines se convierte en la victoria sobre el alemán que todos los franceses celebran, de los republicanos de la izquierda nacionalista a la acción francesa. Luego, en el último medio siglo, Bouvines se desdibuja en los manuales escolares y las obras de vulgarización sobre la Edad Media, como consecuencia del descrédito de la historia de acontecimientos y más particularmente de la historia de las batallas.

Ahora bien, éste es justamente el que considero el segundo carácter ejemplar de **Bouvines** de Georges Duby: el de la rehabilitación del acontecimiento, pero de un acontecimiento que el historiador muestra como la punta visible del iceberg y que no se explica sino por la puesta en evidencia del iceberg pero que no es puro epifenómeno. Esto tiene la importancia, la extraordinaria eficacia del drama vivido y visto. Así como las montañas que surgen después de un largo trabajo interno de los materiales geológicos en el seno de la tierra, éste marca el paisaje histórico. El **Bouvines** de Georges Duby, es la reconciliación entre el acontecimiento y las estructuras, la síntesis entre la historia brusca y la historia lenta, un día y decenios.

¿De dónde viene Bouvines? De una paradoja. En el mundo feudal la guerra es la paz. En ese mundo de violencia en el que los guerreros desfilan en primera fila con los clérigos, por lo menos desde el Año Mil, la acción militar se puso al servicio de la paz. Los movimientos de paz que nacieron tal vez espontáneamente a finales del siglo X en las masas sedientas de seguridad inspiran una "ideología de paz" que es recuperada en primer lugar por la Iglesia, luego por los poderosos y finalmente por los reyes. Se elaboran instituciones de paz: tregua de Dios, definición canónica de la guerra justa, paz del conde o del duque

como en la Normandía del siglo XI, paz del rey en última instancia. A finales del siglo XII, escribe Georges Duby, "la vieja ideología de la paz, todo el sistema de las instituciones que la sostienen, sólo son armas en las manos de los reyes, que las usan con toda buena conciencia para fines de lo que tenemos derecho ahora a llamar su política... Ellos reivindican la plena conducta de la acción militar, de la cual una corona es en adelante a la vez la apuesta final y la última justificación". Esto es así porque la paz es el primer deber del que detenta una parcela del poder público —el señorío, la comuna son instituciones de paz—, porque los reyes, esos supremos detentadores del poder público, son los grandes amos de la guerra y la paz. Pero detrás de la guerra aparece otro gran personaje de la historia del siglo XII: el dinero. La guerra, en efecto, durante el siglo que precede a Bouvines cambió profundamente.

El dinero apareció en el paisaje belicoso sobre todo bajo dos aspectos: el desarrollo del militar asalariado, del mercenario, la aparición de un juego guerrero, el torneo —los guerreros mercenarios son despreciados y temidos: son extranjeros— a menudo los llaman Brabanzones, reclutados en las regiones montañosas (aragoneses, navarros, vascos, galeses) o en las afueras de las ciudades pobladas por inmigrantes recientes y que son todavía un poco salvajes (Países Bajos). Ellos hacen la guerra por dinero, no por honor, su arma no es la espada sino el cuchillo, de allí el nombre de "acuchilladores" o las apelaciones todavía más peyorativas de "forajidos", "ribaldos", "vagabundos". En todo caso sólo los grandes príncipes, los más ricos, tienen los medios para pagarle a estos mercenarios. El rey de Inglaterra Enrique II en 1159, el conde de Champaña Enrique el Liberal en 1162 son unos de los primeros contratistas de los "acuchilladores". En Bouvines hay Brabanzones pero solamente de un lado, el malo, el de Otton. En el tercer concilio de Letrán, en 1179, los mercenarios fueron condenados por la Iglesia junto con los herejes.

De la misma manera, desde 1130 y también en 1170, la Iglesia condenó los torneos. Estos sin embargo se siguieron realizando. Pero esta parodia de combate, este ludismo militar agota las fuerzas de los caballeros cristianos que debían reservarse para las verdaderas y justas guerras contra los malos, los herejes o los infieles. El torneo transforma la guerra, obra de justicia y de paz, en un juego. Un juego que es también, si no en primer lugar, un juego de dinero. Se necesita el dinero para procurarse los caballos, las armas, los hombres que combatirán en los torneos donde se combate tropa con tropa, cada una de ellas reuniendo alrededor de los combatientes un conjunto de criados y de auxiliares. El dinero es también uno de los objetivos del torneo, si no el principal, detrás de la máscara del honor, del placer de luchar, de la vanidad para ser admirado por las espectadoras, que acompañaban los juegos del combate con los del amor. En efecto, el objetivo de estas luchas, es el rescate que los vencedores recibían de los vencidos, la ganancia que ellos sacaban de la apropiación o de la venta de los caballos y de las armas de los vencidos. Un enorme tráfico se desarrolla alrededor de estos encuentros ligados a las ferias y asimilados a ellas y una misma palabra en latín, **nundinae**, designa a unos y otras. El torneo es pues una consecuencia y un testimonio de la difusión de la economía monetaria, del aumento de la codicia que la Iglesia sanciona haciendo de la **avaritia**, como lo ha mostrado Lester Little, el pecado número uno de la sociedad del siglo XIII, relegando al segundo rango, a la **superbia**, el orgullo hasta entonces el pecado predominante de los señores. De este juego admirado y condenado únicamente el rey está exento. Un soberano no combate en un torneo. Del lado francés en Bouvines, únicamente Felipe Augusto, entre los combatientes nobles, nunca había participado en un torneo. Pero el torneo influyó sobre el verdadero combate, sobre la batalla. El objetivo de ésta no es el de matar al mayor número de enemigos, sino de hacer prisioneros al mayor número de los más importantes de ellos. Ahí radica el honor y el pro-

vecho de la victoria. Lo que sorprende a los contemporáneos en la victoria de Felipe Augusto en Bouvines es el número y la calidad de los prisioneros: trescientos nobles, cuatro o cinco condes según las fuentes, pero sobre todo uno de los más poderosos y de los más ricos, el conde de Flandes.

Es en efecto toda la evolución militar, económica, social e ideológica del siglo que precede a Bouvines la que converge hacia esta batalla y la que la explica. En el mismo sistema guerrero los enfrentamientos decisivos, los duelos, las ordalías, las batallas propiamente dichas son muy raras. Cuantitativamente hablando, la batalla es en sí un acontecimiento, con mayor razón cuando opone dos de las cabezas de la cristiandad, el emperador y el rey de Francia. Bouvines es el producto de la invasión del dinero en el terreno militar y la de una evolución de la guerra que opone dos tipos de ejércitos "modernos", un tipo de ejército de mercenarios, el del Emperador, un tipo de ejército "nacional" que reunía a "caballeros, burgueses y campesinos" al lado del rey de Francia.

De esta manera, la demostración de Georges Duby que explica la génesis y el alcance del acontecimiento va aún más lejos. Porque la tercera lección de este libro pionero es la de mostrar que Bouvines revela que la historia, bajo su doble faz de acontecimiento y de estructuras, es la puesta en evidencia de un sistema y el análisis de Bouvines desemboca en una gran lección de antropología de la guerra de la Edad Media. Sistema porque todos los elementos que la historia tradicional se complacía en yuxtaponer o en jerarquizar o en reducir por despreciar a algunos de ellos, constituyen un conjunto no jerarquizado sino organizado. La economía, la estructura social, el hecho militar tanto en su tecnología como en su ideología, la política, los valores ideológicos e imaginarios se combinan para producir a Bouvines y no se comprende la batalla si no se analiza el conjunto del sistema dinámico, histórico, que, bajo el efecto del azar de las decisio-

nes tomadas por los jefes de los dos campos en la mañana del 27 de julio de 1214, conforme al sistema elaborado durante los decenios anteriores, desembocó en Bouvines.

Georges Duby corona este análisis estructural de la génesis de Bouvines con un sicoanálisis del día, de la batalla. Para comenzar, una nueva paradoja: "La batalla no es la guerra. Me atrevería incluso a decir que es lo contrario: la batalla es un procedimiento de paz". Ordalía, debe mostrar con la victoria de cuál lado está el bien, de cuál lado está el mal, por quién toma partido Dios.

Ahora bien, desde el comienzo el emperador está limitado moralmente, aún cuando tenga la superioridad numérica y material de su lado. Está excomulgado y toma una decisión chocante: combatir un domingo, el día del Señor. Felipe Augusto y sus allegados dudan en aceptar el desafío tanto por considerar el carácter sacrilego de una batalla dominical como por la superioridad cuantitativa del adversario.

Cuando se acepta el contacto, éste se desarrolla como una ceremonia sagrada o, lo que en el siglo XIII equivale casi a lo mismo, como un juego de ajedrez. Este es un duelo judicial que tiene su "campo", y es por esto que se llama *praelium campestre*, "batalla campal". Ella empieza con unos ritos penitenciales, el rey pronuncia una arenga ritual, los ejércitos se reparten en tres grupos, tres "batallas", "en honor de la divina Trinidad", ella debe, al contrario de un torneo, terminarse por la derrota definitiva de uno de los jefes, por su muerte. De allí el carácter esencialmente dramático del episodio donde los soldados imperiales tratan de matar a Felipe Augusto, que se cayó del caballo. De allí la infamia de Otton que emprendió la fuga para sustraerse a la justicia de Dios.

No es sino después de este sicoanálisis de Bouvines como el historiador puede y debe volver a ubicar (para la comodidad de sus lectores Georges Duby lo hizo al comienzo de la obra) la batalla en los "cinco asuntos mayores" que dominan las preo-

cupaciones de los príncipes cristianos en 1214: la Cruzada en Tierra Santa, la Reconquista de España contra los Musulmanes, la lucha contra la herejía cátara, el enfrentamiento entre el papa y el emperador, la rivalidad entre los reyes de Francia e Inglaterra. El lugar de Bouvines en la historia política de la cristiandad no se comprende sino después de un análisis, en la larga duración (análisis que revela cambios en la lenta evolución de las estructuras), en profundidad y del interior, del acontecimiento revelador de un sistema histórico.

¿Tendría que agregar que finalmente me gusta mucho la manera como sin pedantería ni pesadez Georges Duby enmarca su demostración? Comienza con el relato de la batalla según dos procedimientos, el primero es una presentación de la "puesta en escena" del acontecimiento. Procedimiento muy hábil ya que corresponde a la historia-relato tan justamente vilipendiada hoy ya que ella no es sino la antecámara de la historia que es explicación pero fase necesaria que ciertos historiadores "nuevos" tienden demasiado a escamotear. Ella le brinda al lector una información de base indispensable, obliga al historiador a una primera lectura de lo que va a estudiar, porque el relato histórico introduce escogencias y racionalidades en el discurso del historiador, pero lo obliga a una visión de conjunto que le evita las mutilaciones o deformaciones demasiado grandes de los datos históricos. Pero, y allí está el gran arte de Georges Duby, desde esta introducción plantea los elementos de sus futuras demostraciones. Bouvines no es un asunto desordenado y el historiador debe decididamente darle la espalda al Fabricio de Stendhal que no ve sino los fragmentos de Waterloo. Debe saber reconocer la escena de la historia y él mismo es un director que instala el decorado cuando se levanta el telón. Georges Duby completa esta presentación de la puesta en escena con un relato de la batalla, pero un relato que es el del principal cronista contemporáneo de la batalla, Guillermo el Bretón. De esta manera, el estudio es en primer lugar

un comentario de este punto de partida obligatorio del historiador: el documento y su crítica. Es en este proceso donde reside la separación principal entre el historiador de oficio y los vulgarizadores de la historia, y que son por otra parte, con gran talento algunas veces, buenos artesanos del conocimiento histórico. Aquí tampoco Georges Duby se contenta con la crítica tradicional del documento consagrado sobre todo a la identificación del autor, de la fecha y de su autenticidad. Lo lleva a un verdadero sicoanálisis de la mentalidad y de la cultura de su autor, testigo de su tiempo.

Finalmente, Georges Duby no se contenta con dilucidar, explicar el sistema de valores, la mentalidad, la sicología de los actores de Bouvines y de sus contemporáneos. Siempre confronta lo que dicen y lo que piensan por una parte con los testimonios que nos presentan otros documentos sobre las realidades políticas, económicas, sociales, militares, etc. de la época y por otra con claves de lectura, con el instrumental científico de los historiadores de hoy.

Escapa a la enfermedad infantil de la historia de las mentalidades y del imaginario que ha contribuido en gran medida a renovar la historia y que seguirá la renovación pero que será vana si no confronta las realidades culturales psicológicas y mentales con otras realidades históricas, las que Pierre Vidal-Naquet llama "más reales". Ha de terminar el tiempo de las teorías reductoras y mistificadoras del reflejo o de la infraestructura y de la superestructura y ha llegado el tiempo de la necesidad del vaivén del historiador y de los hombres preocupados por su pasado entre los diferentes registros de las realidades históricas. Encerrarse en la visión de los hombres del pasado en lugar de descubrirla para hacer mejor el trabajo distanciado del historiador, es rechazar aún más seguramente la comprensión del pasado. Tal es la última gran lección de *El Domingo de Bouvines* de Georges Duby.

Magazine Littéraire, N° 189 de noviembre de 1982. pp. 28-31.